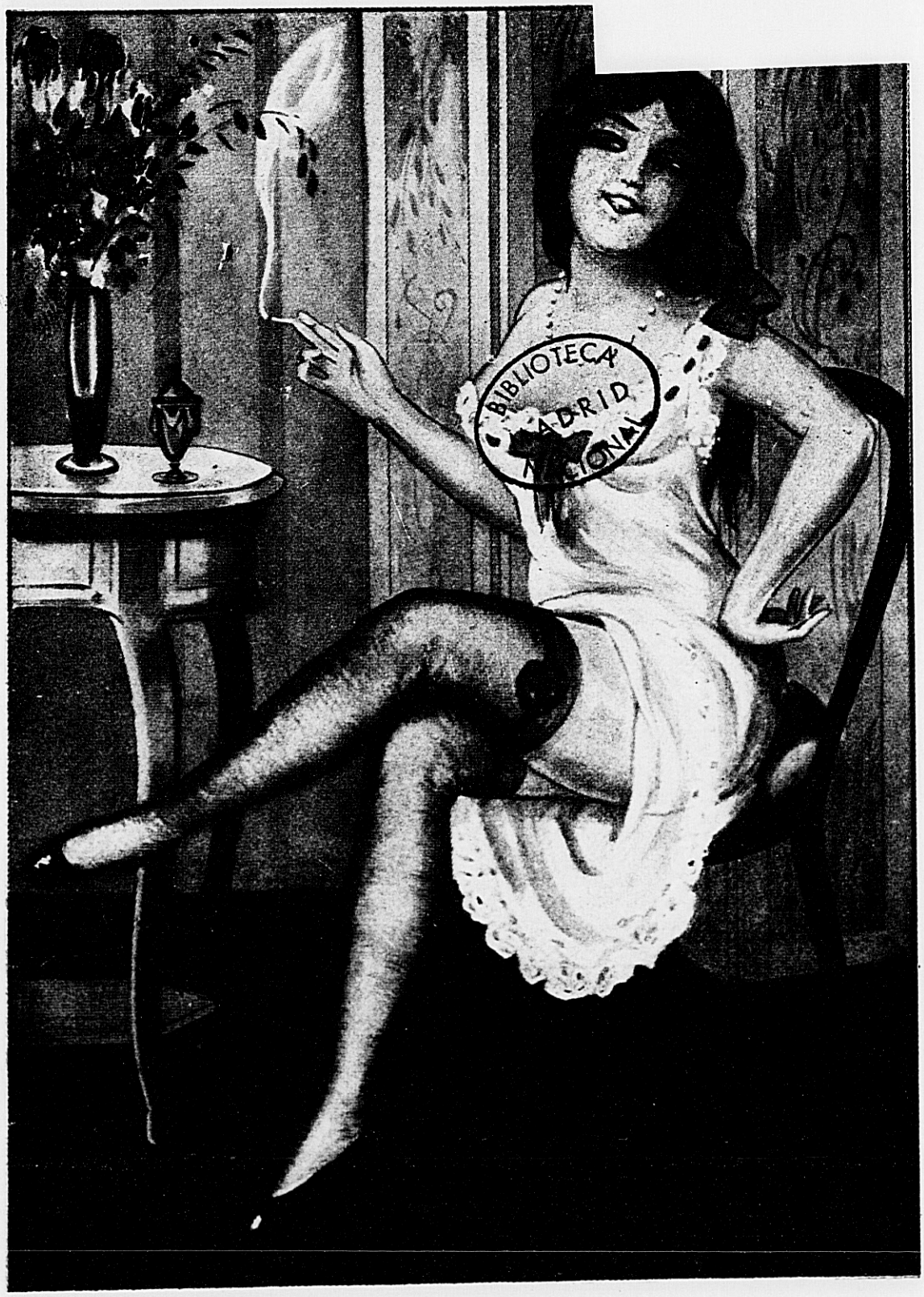
P. PICA Y PECA

1

LA NIÑA PI

230808



COLECCIÓN INOCENTE

20 CTS.

1
230808

47/1434925

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

LA NIÑA PRECOZ

I

TILITA Y SU INSTITUTRIZ

El bello y aristocrático hotel, situado en la Castellana, hallábase sumido en el más profundo silencio.

La marquesa, su dueña, estaba en el Ideal Room tomando el te y los criados, reunidos todos en la cocina, celebraban a risotadas sus chistes groseros de plazuela y de cuartel.

Tilita, a quien su hermana, la marquesa de Valle, no había querido llevar aquella tarde consigo, asomada a la terraza, tenía clavados en el cielo sus ojos grandes, soñadores y melancólicos.

—¿En qué piensas, Tilita?—la dijo, acercándose de repente a ella, su institutriz, una linda francesita de veinticinco años que hablaba el castellano con un acento marcadamente exótico.

—No pienso, *mademoiselle*... Miro.

—¿Qué miras?

—El cielo... las nubes...

—¿Y nada más?

—Dígame usted, *mademoiselle*, ¿comeré esta noche con mi hermana?

—Me parece que no.

—Eso significa que también esta noche tendremos convidados... ¡Si viera usted cuánto me alegro!

R 3189523

—¿Por qué?

—Porque así comeremos las dos solas en mi cuarto... y después me dormirá usted—dijo Tilita, saltando y batiendo palmas, lo que hizo revolotear sobre su frente sus rizos sedosos y obscuros...

La tarde va muriendo dulcemente. La obscuridad empieza a envolver la terraza. Tilita, acercándose a Renée, que así se llama la institutriz, la dice con voz suave y acariciadora:

—Déjeme usted sentar en sus rodillas, *mademoiselle*.

Y Tilita, dando un salto, se sienta en ellas, apoyando la cabeza en el hombro de Renée y mezclando sus cabellos obscuros con los ligeramente rubios de la institutriz.

Apretándose bien contra ella, Tilita siente un dulce bienestar que invade todo su ser. Hasta ella llega el perfume penetrante a heno, y como si quisiera aspirarlo, la besa apasionadamente en el cuello, con los ojos medio entornados. Renée, al contacto de aquel beso de fuego, siente un estremecimiento que le corre a todo lo largo de la columna vertebral y que le atenaza los riñones... Pero se queda inmóvil... No se atreve a aventurar el gesto delicado y lento que roza, acaricia, penetra y galvaniza las fibras, en una voluptuosa contracción... No se atreve; espera sin saber lo que espera.

Y no es porque no sepa lo que debe hacerse; no es que ignore el arte de esas caricias femeninas que conmueven profundamente el organismo. El pecado vibra y tiembla en sus labios; pero el temor se los sella. No es que no sienta la tentación de besar y de acariciar aquel cuerpo tan gracil y tentador; el ansia de hacerlo le quema las yemas de los dedos... Pero, ¡si Tilita se enfadaba!

De pronto Renée sintió un mordisco en el cuello, dado por los agudos y menudos dientes de Tilita.

—Tilita... ¿qué es eso?—preguntó la institutriz, sintiéndose agonizar de placer, acometida de un espasmo.

Iba a echarla los brazos al cuello y a darla un beso de voluptuosidad y de pasión en la boca, cuando de pronto se oyó el chirrido de la verja al abrirse y la arena del jardín que crujía bajo los neumáticos del automóvil de la marquesa.

—¡La señora!—exclamó Renée, llena de sobresalto y de temor.

—¡Qué inoportuna! — dijo Tilita, con mal humorado despecho.

Y ambas, corriendo, se metieron adentro.

II

OTROS PERSONAJES

Tilita era una encantadora chiquilla de catorce años, menuda y frágil como una muñeca de porcelana, pero en cuyo cuerpecito fresco y virginal había ya una elegancia y una armonía de líneas que presagiaban una hermosura de primer orden.

La pobre niña ocupaba muy poco sitio en el corazón de la marquesa, su hermana, mujer ligera y frívola, que se había quedado viuda a los veinte años y que no pensaba más que en flirtear y seguir ciegamente los caprichos de la moda.

Tilita vivía abandonada en poder de la servidumbre del hotel, y entre aquellas gentes de baja estofa, la niña rica y de sangre azul comenzaba el aprendizaje de la vida y sentía germinar en lo más hondo de su organismo las obscuras y vagas sensaciones que preparan en el ser femenino el tránsito difícil y peligroso de crisálida a mariposa.

Tilita habíase encariñado con los criados de la casa con esos lazos que la costumbre convierte en simpatía y que contribuían a afirmar el abandono injusto en que la tenía su hermana.

En el hotel vivía también el administrador de la hermana de Tilita, Alberto Medina, un joven de veinticinco años, pálido, huraño y

triste, que era la honradez personificada, y al cual Tilita, por ser el único hombre a quien veía con frecuencia en medio de aquel ambiente de baja y vulgar domesticidad, le había tomado también mucho cariño. En sus frases amables, suavemente respetuosas, la niña hallaba el reflejo de las caricias perdidas y apenas adivinadas. El también sentía el influjo de aquel afecto y la deliciosa sonrisa de Tilita iluminaba su vida obscura y modesta con resplandores de aurora.

III

EMPIEZA LA COMEDIA

El despacho del administrador está vacío. Tilita deslízase hasta él con una maliciosa sonrisa en su encantadora boquita y se instala cómodamente en un sillón, resuelta a esperarle, pues sabe que es la hora en que acostumbra a andar en sus librotes de cuentas.

Tilita ve, al través de la abierta ventana, como veloces escuadrones de nubes cenicientas, galopar por el cielo las copas de los árboles mecidas por la fresca brisa matinal, yendo después sus ojos a posarse encima de la mesa de escribir, atestada de libracos y papelotes. Uno de aquéllos, encuadernado en tafilete rojo, llama su atención. De un salto se dirige a la mesa, lo coge y lo abre, llena de curiosidad. Es un libro de versos de amor. ¡Y qué cadencia tan dulce y tan triste tienen a un mismo tiempo!

Caiga en mi corazón, cual dulce lluvia,
de tu amor que codicio la limosna.

—¡Qué bonitos! ¡qué bonitos son!—exclama Tilita, entusiasmada, sintiendo que aquellas rimas hallan en su corazón un eco muy dulce y muy profundo.

De pronto se oyen pasos en la escalera. Es

Alberto que baja de su cuarto, situado en el primer piso del hotel. Alberto, al entrar en su despacho y ver a Tilita, se queda confuso y desconcertado.

—¡ Buenos días, señorita !

—¡ Buenos días, Alberto !...

Hay una larga pausa. Alberto se siente cohibido... La presencia de Tilita le turba, le desorienta, sin que sepa a qué atribuirlo. Al cabo de unos instantes balbucea, torpe y remiso :

—¿ Desea... ba usted... algo... seño... rita ?

Tilita, antes de contestarle, mira al cielo, a los árboles, a la calle.

—¡ Qué bella — dícese luego—, qué armoniosa es la curva de las altas copas que la brisa hace inclinarse hacia tierra ! Tiene algo de la hermosa cabeza de Renée cuando se inclina hacia mí tierna y cariñosa.

Alberto, ante el silencio de Tilita, siente aumentar su turbación. No sabe a dónde mirar y se pone más encendido que la grana. Tilita viene a sacarle de su apuro, diciendo por fin, mientras sonríe picarescamente :

—Como soy tan terriblemente curiosa, he venido a escudriñar su despacho, a pasar con usted un rato.

—Pero aquí va usted a aburrirse, señorita.

—Se equivoca usted, Alberto — dijo Tilita, clavando en él una ardiente y expresiva mirada— ; yo no me aburro nunca al lado de usted.

—Esto no demuestra más que una cosa, señorita... : que es usted muy buena... y muy amable y muy...

Alberto no pudo concluir. Sus ideas se embrollaban ; su confusión era cada vez mayor...

—Oigame usted, Alberto—dijo Tilita, levantándose y yendo a dejar el libro sobre la mesa— : ¿ Qué es una limosna ?

Alberto se la quedó mirando, desconcertado ante aquella pregunta tan viva y tan imprevista.

—¿ Una limosna... señorita ?... ¿ Por qué me pregunta usted eso ?



—No ha podido explicarme lo que es el amor.

—Sí, Alberto ; una limosna dulce y bienhechora.

—Una limosna es algo que se le da a un desgraciado por piedad de su infortunio.

—¿ Y cree usted que si se le da a un desventu-

rado, se le puede negar a un corazón desvalido?

—¿Qué dice usted?... No la entiendo.

—¿Qué es el amor, Alberto?

Alberto se estremeció. Acababa de comprender la pregunta de Tilita y vió que ésta había leído el libro de versos. No sabiendo qué decirla ni qué partido tomar, se puso a revolver en sus libros y papeles sin hacer caso de ella y como si estuviese muy atareado.

Tilita, de pie y furiosa, le contempla fijamente, mientras que una lágrima de despecho pugna por humedecer su pupila. Viendo que Alberto sigue revolviendo sus papelotes y no la dice nada, se dirige lentamente hacia la puerta, pero antes de traspasar el dintel se vuelve hacia Alberto y le dice:

—Veo que es usted un ignorante, amigo mío. No ha podido usted explicarme lo que es el amor.

Y salió corriendo. Durante unos cuantos segundos se oyó el crujir de sus zapatitos sobre la madera de los escalones.

IV

ACTITUD EXTRAÑA

Teodora, la marquesa del Valle y hermana de Tilita, era, como ya hemos dicho, una mujer ligera y frívola, en cuyo organismo viciado y lujurioso no predominaba más que la ardiente voz de los sentidos. Casada muy joven con un noble inútil y valetudinario, impulsada por sus ensueños de ambición y de grandeza, tuvo la suerte de quedarse viuda al cabo de un año, en posesión del título de marquesa y de una inmensa fortuna. Teodora, a pesar de los muchos pretendientes que la deparaban su hermosura y su riqueza, no quiso volver a casarse, dando mucho que hablar su vida aventurera y escandalosa. Sus caprichos amorosos eran célebres en Madrid.

En esto mismo estaba pensando Alberto, después de la salida de Tilia, atribuyendo su precoz desarrollo al mal ejemplo dado por su hermana, cuando de pronto le dijo un criado del hotel, entrando en su cuarto:

—Señor Medina, la señora le ruega que vaya usted a verla.

—¿En dónde está?

—En su gabinete.

Alberto, después de haberse cerciorado de la corrección de su traje y de su aspecto, se apre-

suró a obedecer la orden de la marquesa. El corazón latíale apresuradamente, pero no era de temor. Se figuraba que la señora quería interrogarle acerca de las gestiones de la compra de unos terrenos que pocos días antes le encargara.

Aquellas entrevistas que a menudo celebraba con ella, siempre por cuestión de negocios, eran muy poco gratas para el pobre administrador, porque la señora marquesa, muy dura y desdeñosa con todos sus inferiores, recibíale siempre como a un criado a quien se le tolera un instante y al que se despide siempre con un gesto altivo y displicente.

En aquel momento la doncella de la marquesa estábala peinando y el entreabierto peinador, bastante escotado, dejaba ver el nacimiento de la nuca, en la cual agitábase un rizo rebelde.

Teodora, sentada ante el gran espejo de su tocador, seguía con atenta mirada las sabias manip ulaciones de su doncella, mientras pulíase las uñas de las manos.

—Señora marquesa — dijo el criado, apareciendo en el umbral—, el señor Medina espera sus órdenes.

Teodora levantó los ojos y los fijó en su administrador, que se inclinaba respetuosamente.

—¡ Buenos días, señor Medina !

—¿ Qué desea la señora ?—balbuceó Alberto.

—Siéntese usted, Medina.

Alberto, sorprendido ante aquella desusada amabilidad, se sentó tímidamente en el borde de una silla.

¿ Cómo anda la compra de esos terrenos ?

—Bien, señora. Creo que podremos adquirirlos al precio que hemos ofrecido.

—Lo celebro mucho, Medina.

Y volviéndose después a su doncella, la dijo :

—Ya puedes marcharte, Clara. No te necesito.



Teodora, sentada ante el gran espejo de su tocador...

Teodora se puso en pie. Su peinador flotaba en torno de su busto en pliegues suaves y ligeros.

—¿ De modo que cree usted que no se retractará el vendedor ?

—Esa es mi opinión, señora marquesa.

Alberto no pudo por menos de fijarse en la insólita agitación de la marquesa, que iba de un lado a otro de la habitación con andar ligero, mientras su cuello emergía con elegante gentileza de entre los encajes del peinador. El sol bañábala en su luz dorada y tibia.

V

COMO MUCHAS

—¡Qué hermoso día!—dijo, descorriendo las cortinas de la ventana y volviéndose después hacia Alberto.

—Efectivamente—asintió el joven.

—Me han dicho, Medina, que usted no disfruta nunca de días tan hermosos como este de hoy.

—Es cierto, señora—repuso Alberto, turbado, sorprendido ante aquel extraño interés de la marquesa—; como mis ocupaciones son muchas, casi nunca salgo.

Teodora se detuvo ante él, sonriente, provocativa casi.

—¿No tiene usted ninguna... amiga?—preguntóle.

—¿Amiga?...—repitió Alberto.

No pudo decir nada más. La presencia, la proximidad de aquella mujer tan hermosa le turbaba de un modo extraordinario.

—¿No se atreve usted a confesarme la verdad?

—Señora, yo no tengo ninguna... amiga...

—¿De veras? ¿Me dice usted la verdad?

—Como usted lo oye.

Teodora volvió a la ventana. Por un instante miró hacia el paseo, hizo girar nerviosamente

los anillos de sus dedos y luego le preguntó con desdeñosa curiosidad:

—¿Y no puede saberse por qué se muestra usted tan indiferente con el amor?

—Señora... es que no he tenido tiempo... de enamorarme.

Teodora le miró con extrañeza y piedad, al mismo tiempo que sus sentidos, exaltados por aquella tibia mañana de primavera, llenábanla de lúbricos y voluptuosos deseos. Pero Alberto, o no la comprendía, o era demasiado tímido para anticiparse a ellos.

Entonces la marquesa, con mano impaciente, corrió las cortinas de la ventana y en la penumbra Alberto se sintió de improviso en los brazos de Teodora, mientras que sus labios ardorosos le mordían los suyos, dejándole al descubierto todos los tibios tesoros de aquella carne dura y alabastrina.

Pocos segundos después, en medio del profundo silencio de aquella estancia perfumada y obscura, rugía el espasmo y sollozaba el placer. Y oíanse, entre un loco y disparado granel de besos, las frases trémulas y balbucientes de la dicha triunfante, los agudos gritos del placer llevado al paroxismo, la eterna canción de la voluptuosidad llevándole el tono a la lujuria.

Luego sobrevino la calma, el silencio, los suspiros interrumpidos, delatores del desfallecimiento, de la languidez, cuando después del delicioso espasmo yacen los amantes como derribados, como vencidos en el lecho, tras del ardiente combate del amor.

... ...

Ni ellos mismos se dieron cuenta del tiempo transcurrido. Cuando Alberto se vistió apresuradamente y con semblante estúpido, como no atreviéndose a creer en su dicha, el crepúsculo empezaba a extender sus violadas sombras sobre el jardín... Mientras a tientas buscaba sus ropas, diseminadas por el aposento, y anudábase la corbata vacilando sobre sus piernas cansadas y fofas, entreveía, en medio de las almohadas estrujadas y de las sábanas en desorden, el cuerpo soberano que acababa de poseer y la obscura cabellera que había cubierto, en sus transportes de lujuria, de locos y apasionados besos.

Ninguno de los dos amantes desplegaba los labios. ¿Para qué? ¿Qué hubieran podido decirse?

Al dirigirse Alberto a su cuarto, en la escalera vió una falda de color de rosa que pasó como un rayo delante de él. Alberto creyó que era Tilita, que volvía de su paseo.

VI

TILITA HA OÍDO

Alberto no se engañó más que a medias. En efecto, era Tilita la fugitiva visión que había entrevisto al salir de la habitación de la marquesa, pero no porque volviese de su paseo como él pensara, sino porque, habiendo visto cómo Alberto entraba en el cuarto de su hermana, impulsada por una fuerte e insana curiosidad, había estado todo el tiempo con el oído pegado contra la puerta, a riesgo de que cualquier criado la sorprendiera en aquella indiscreta postura.

Tilita, al través de los cortinajes, percibió, por lo tanto, fragmentos de conversación y el ardiente anhelar de dos respiraciones mezcladas y confundidas.

Todo esto hizo latir tumultuosamente su corazoncito. Y anhelante y ávida de saber, buscaba la significación de ciertas palabras ininteligibles para ella; trataba de adivinar el motivo de aquellos suspiros mezclados a aquellos sollozos; aquella intimidad, en suma, que se expresaba de un modo enteramente desconocido para ella.

Como estaba convencida de que obraba muy mal poniéndose a escuchar a la puerta de la habitación de su hermana, echó a correr esca-

leras arriba, como alma que lleva el diablo, en cuanto Alberto se dispuso a salir.

Pero Tilita, después de haber escuchado aquello, sentía en su espíritu una especie de ira y de rebelión, sin saber contra quién dirigirla.

Aquello le parecía un robo inicuo hecho a su dicha, a su ternura. Algo derrumbábase en su ser que la llenaba de dolor y de espanto.

Renée notó en el acto la insólita agitación de Tilita y la interrogó con el cariñoso interés con que una madre hubiera podido hacerlo.

—¿Qué tienes, Tilita? Dime quién te ha disgustado.

Pero Tilita no desplegaba los labios, encerrándose en un feroz y obstinado mutismo. No tenía nada; nadie la había hecho nada. Sin embargo, aquella obscura traición, aquella misteriosa infidelidad acabó por arrancarla ardientes lágrimas de desesperación. Un fuego extraño brillaba en sus pupilas y sus gestos eran febriles y trepidantes.

VII

CELOS DE NIÑA

Desde aquel día un cambio absoluto se estableció en sus relaciones con Alberto Medina.

Ya no era para él la muchachita pelinegra y graciosa, ingenua y cándida que se le quedaba mirando con sus grandes ojos, curiosos del gran misterio de la vida, sino una mujercita vivaracha y despierta, de acento burlón e irónico, resuelta y armada contra el administrador con todo lo que había sorprendido detrás de la puerta de su hermana.

A veces le hablaba en un tono tan hostil y agresivo, que el pobre Alberto en vano se devanaba los sesos para explicarse la causa.

—Pero, señorita—la decía—, ¿se puede saber por qué me tiene usted tanto rencor?

—¿Yo qué sé, Alberto? Soy demasiado joven para explicarle la causa.

—¿Demasiado joven?

—Sí; lo mismo para eso que para lo demás. También soy demasiado joven para que nadie pueda amarme.

—Se engaña usted, señorita.

—Llámeme usted Tilita; suena mejor y es más dulce.

—Pues bien, Tilita; ya la he dicho que se engaña... Usted es un objeto muy digno de ser amado.

—Según usted, todos deben quererme.

—¡Claro está! ¡Es usted encantadora!

—¿Y usted me quiere?

—¡Ya lo creo!... Por eso me intereso tanto en su dicha.

—¡No! ¡no mienta usted!... ¡Usted no me quiere!—dijo Tilita, prorrumpiendo en sollozos.

—Tilita, ¿qué tiene usted?... ¡cálmese!—la dijo Alberto, sin comprender por qué estaba tan nerviosa—. ¿Es que la he ofendido sin darme cuenta? ¡Vamos, vamos!—añadió, acariciándola con gesto torpe y embarazado, esforzándose por apaciguar aquel inmotivado dolor.

Ella, lánguida y voluptuosamente, apretujábase contra él, que no comprendía, que no adivinaba lo que encerrábase en el fondo de aquel corazoncito. Tilita, con los mórbidos y virginales brazos echados al cuello del administrador, dejábase acariciar dulcemente. Poco a poco cesó de llorar, y con una voz expirante y los ojos semientornados, preguntó a Alberto:

—¿Me quiere usted... un poquito?

—Mucho, Tilita, mucho...

Tilita, echándose de repente hacia atrás con un movimiento tan apasionado y tan brusco que le insubordinó los rizos sobre la frente, exclamó con voz furiosa y sibilante:

—¡Mentiroso! ¡Mentiroso! ¡Mentiroso!

—Pero, Tilita, ¡explíquese usted, por Dios! Porque no la comprendo—gemía Alberto, elevando los brazos al cielo con ademán desesperado.

Pero ella, la mujercita enamorada, que no sabía explicarse todavía bien sus sentimientos, seguía diciendo, implacablemente:

—¡No! ¡no me ama usted!... ¡Usted ama a la *otra*!...

Y se detenía, confusa y avergonzada, porque la otra era su hermana.

Y por la vez primera los celos envenenaron el corazón de la pobre virgencita.

Ahora sí que lo veía todo muy claro... Aquellas frases, aquellas palabras, el administrador se las decía a su hermana. ¡Era a ella a quien amaba! ¡Y con qué impudor mentía! Y sintiéndose asqueada de su vista, después de clavarle otra vez en la frente como estigma vergonzoso la palabra: «¡Mentiroso!» Tilita salió corriendo de la habitación como si la faltase tiempo para poner entre los dos una larga distancia.

VIII

LA NATURALEZA HABLA

Alberto se quedó estupefacto, sin acertar a explicarse lo que pasaba en la tierna alma de su amiguita. Si hubiese sabido que Tilita había espiado tras de la puerta su idilio amoroso con la marquesa, de seguro habría pensado de otro modo.

Cuando hubo pasado el violento enojo de Tilita, ésta volvió a reanudar sus coloquios con él, menos indómita y adusta, más cariñosa, como si quisiese hacerse perdonar su colérico exabrupto, aunque siempre, de cuando en cuando, frotándose contra él como una gata deseosa de mimos, le hacía preguntas insidiosas e insinuaciones que él continuaba sin comprender. Para él seguía siendo un libro cerrado la psicología de aquel organismo de mujer próximo a despertarse al amor y a la vida.

El primer rapto de celos contra la *otra*, contra su hermana, volvió a reproducirse al poco tiempo, constituyendo en Tilita un estado latente, casi endémico, que se traducía en obsesiones nocturnas que la dejaban al día siguiente débil y extenuada, con un círculo amoratado alrededor de las sienes.

Tilita, en sus noches de insomnio, hace es-

fuerzos supremos por evocar todo lo que ha oído, adivinado, olfateado detrás de la puerta, por reconstituir la escena de la que no ha oído más que las palabras, enloqueciéndola todo lo que ve en ella de desconocido y misterioso. Oprimiéndose con todas sus fuerzas sus senos



Tilita, en sus noches de insomnio...

menudos y encantadores, se tiende en la cama, se estira, azotada por el latigazo ardiente, que la sacude desde la punta de sus sonrosados piececillos hasta su frente dolorida, contra la cual el sudor de la angustia pega los ondulantes

bucles obscuros de su cabellera abundante y sedosa.

Sus manos crispadas y trémulas tienen gestos de inquietud que recorren todo el largo de su cuerpo, en busca de la sensación desconocida y suprema.

Toda su exquisita sensibilidad, todos sus sentidos se hallan en rebelión. Y esto dura horas y horas, durante las cuales se muerde los labios para no gritar, para no llamar a Renée, cuyas caricias no apaciguarían tampoco el incendio abrasador que consume a Tilita.

Y cuando la rosada aurora filtra sus luminosos rayos al través de los postigos, halla a Tilita aniquilada, hundida en su camita blanca, que pone aún más de relieve con su inmaculado albor el círculo morado que orla los ojos negros y ardientes de la apasionada virgen de largas y sedosas pestañas.

IX

CADA CUAL LO SUYO

En el hotel nadie se da cuenta de la perturbación de aquel joven organismo, sacudido por la revelación incompleta del divino misterio del amor. Unicamente una madre sabe adivinar esas cosas, y su madre no existe. Su hermana no piensa más que en sus recepciones, en sus flirts, en sus amantes y en sus *five o clock teas*.

Alberto Medina tampoco se preocupa gran cosa del estado de la pobre niña. El vive en el mundo de las ilusiones y de los ensueños. ¡Es el amante! Apenas daría crédito a su dicha si su médula fatigada no le volviese de cuando en cuando a la realidad. Está ebrio de amor y de orgullo a un mismo tiempo.

Y sin embargo, tiembla, se inquieta. ¿Por qué? Piensa en que la marquesa puede cansarse de él. El pobre diablo tiene confusamente la intuición, él que no conoce los amores aristocráticos más que por lo que ha leído en las novelas en boga, de lo que es el cariño de esas muñecas de la moda, que rompen, como si fuese un juguete, todo lo que deja de gustarlas.

Hablando con Tilita, muy a menudo se queda silencioso, con el pensamiento extraviado, con los ojos perdidos en el espacio. En rápidas visiones desfilan ante su cerebro las horas volup-

tuosas gozadas en aquel gran lecho de ébano, con pliegues de bronce dorado. La tibia desnudez de la marquesa le persigue por todas partes y siente que el escalofrío glacial y ardiente a la vez, le eriza el vello de la nuca.

—Alberto — le dice Tilita, burlonamente—, ¿está usted pensando en el amor?

X

TILITA BUSCA...

—¡El amor! Ese es el *leit-motiv* de Tilita, la palabra que la sirve para acosar a Medina con sus ingenuos sarcasmos. ¿No es la palabra que leyó un día en el libro de versos del administrador? ¿No es la palabra que en la alcoba de su hermana era el estribillo de todas las frases, el acompañamiento lánguido, frenético de cada suspiro y de cada sollozo?

Dicha palabra tiene todavía para Tilita todo el enigmático atractivo de un misterio clandestino. ¿Y no se negó Alberto a explicársela el día en que le hizo la súplica?

El amor es una cosa para ella vaga y abstracta, cuyo encanto no cesa de hostigarla. ¿Qué es el amor? ¿Es el sentimiento instintivo e incomprensible que siente ella por Medina o por Renée? ¿El que siente por aquella linda hermana que se contenta con besarla en la frente y con decirla unas cuantas palabras indiferentes y banales? ¿Es eso el amor?

Todo lo que ella ve, las cosas materiales se lo expresan. Pero, ¿el amor se ve? ¿Dónde hallarle si no es en la alcoba de su hermana, donde oyó las palabras del obscuro misterio? Y creyéndolo así la hace el objeto de sus curiosidades, el fin de sus pesquisas para descubrir el

enigma que se oculta, que la exaspera cada vez más.

Tilita emplea todos los ardides que duermen latentes en el fondo del alma femenina para averiguar aquella cosa misteriosa que la tortura, para acercarse a aquella habitación cuyos secretos la llenan de una viva y terrible curiosidad, e inocente se informa de las ausencias de su hermana, burla la vigilancia de Renée, vaga alrededor de la cocina, espía todo lo que hacen las dos doncellas de la marquesa, los criados, sube y baja la majestuosa escalinata con aire indiferente, y cuando adivina el momento propicio se desliza por aquella puerta cuyo acceso la está prohibido, y jadeante, latiéndole el corazón aceleradamente, tiende el oído y escucha...

Nada. Silencio absoluto. El hotel duerme, sumido en una amodorrada quietud. Tilita marcha con cautela, de puntillas, al través de la vasta habitación perfumada donde flota, esparcido en el ambiente, el penetrante perfume que usa la marquesa.

Aquella atmósfera voluptuosa donde se mezcla la esencia de las violetas a la sutil emanación de la carne femenina limpia y bien cuidada, la embriaga el cerebro, fustiga su sangre con una exasperada languidez. Por estar tan íntimamente ligados a la vida de una mujer joven y hermosa, todos aquellos objetos inanimadodos conservan un encanto afrodisíaco que habla a las fibras más delicadas de los sentidos.

Tilita lo toca, lo registra todo, sin saber ella misma lo que busca... Le arden las sienes. Las ventanas del cuarto de baño, abiertas de par en par, traen del jardín el aroma de las lilas, bocanadas de aire puro, fresco y primaveral, que se mezclan a los perfumes de los cajones de los armarios, aprisionados hace ya mucho tiempo y que permanecen como adheridos a los encajes arrugados, a los papeles viejos y a las cintas de seda.

Tilita, por más que busca, no encuentra nada que la ponga sobre la anhelada pista. Aquella habitación donde había oído tantas frases enigmáticas para ella, no la interesa ya. Comprende que no quiere revelarla sus secretos, y lo que busca con tan ansioso ahinco en los cajones, entre las ropas, está en alguna parte que ella no sabe, invisible, impalpable y oculto en el aire que la envuelve y que respira... ¿Dónde, Dios mío, dónde?

XI

TILITA BARRUNTA...

—¿Dónde te metes, Tilita? Vengo de buscarte por toda la casa.

Tilita, al ver a Renée, sintió que una onda bienhechora de consuelo inundaba su espíritu. Engañada, burlada y dolorida, ¿dónde podía refugiarse mejor que en los brazos de aquella mujer tan dulce y tan buena y que tanto la quería?

—¿Sufres, Tilita?

—Sí, Renée... sufro mucho... pero mucho.

—Dime cuál es tu pena, Tilita, y yo te consolaré—la dijo Renée, mientras sus labios cálidos e insidiosos recorrían el cuello, el lóbulo de la orejita menuda y sonrosada de su amiga.

Tilita, apelotonada en el tierno y tibio refugio de sus brazos, la confesó la verdad.

—El me ha dicho que me quería... y no me quiere... estoy convencida de ello... yo misma lo he oído... A quien quiere es a mi hermana... ¡Es un malvado!

—¿Quién?... ¿Alberto? — preguntó Renée, que ya había adivinado el lío del administrador con la marquesa.

—Sí, sí... ¿Verdad que es malo?

—Todos los hombres son lo mismo, Tilita... No debe creerse en sus palabras.

Y Renée consuela su dolor con frases acari-

ciadoras que tienen el poder de secar las lágrimas de sus ojos.

—Sí, Tilita ; los hombres no merecen que se les quiera. Todos ellos son falsos, crueles, egoístas... Yo sí que te quiero, tú ya lo sabes... ¿Quién sino yo te consuela cuando lloran esos ojos tan bonitos...? Yo sí que te quiero y no Alberto, que no sabe lo que le hace falta a mi queridita.

Pero Tilita, en los brazos de su institutriz, suspirando, dice con voz lánguida y desfallecida :

—No es lo mismo, Renée.

Tilita ha olfateado ya al hombre.

XII

¿POR FIN?

Renée no tenía en el hotel de la marquesa más objeto que el de ocuparse constantemente de Tilita.

Si Alberto representaba para Tilita la deferencia suave y respetuosa, Renée, al contrario, era para ella la ternura y la amistad.

La feminidad incipiente de aquella bella mujercita de quince años se iba despertando poco a poco al influjo amante de las dulces caricias de aquella francesa tan graciosa, tan elegante, de manos tan finas y aristocráticas. Para la pobre Tilita, que no tenía madre y estaba tan abandonada por su hermana, los brazos de Renée eran un refugio y a ella la confiaba todos sus secretos, y a ella iban a parar todas las confidencias de sus nacientes amarguras y todas sus aspiraciones de cariño.

Poco a poco este cariño se convirtió en un sentimiento vago e indefinible, en una especie de amor platónico que impulsaba a Tilita a apelotonarse en el regazo de Renée, apoyando su linda y graciosa cabecita contra sus pechos menudos y palpitantes, que olían a heno, que era el aroma que emanaba de toda su carne limpia y bien cuidada.

Alberto era el punzante enigma, el tentador misterio, pero Renée suponía para ella

mucho más, porque era ya una especie de satisfacción de la sed insaciable de ternura que acababa de nacer en su alma.

Esta simpatía, ardiente y reconcentrada de la mujer y de la niña, no tardó en tener un lógico desenlace.

Renée, al par que institutriz, era una especie de doncella distinguida de Tilita; ella la vestía al despertarse por la mañana y la desnudaba por la noche al acostarse, lo que las ponía en el más íntimo contacto y establecía una gran familiaridad entre la señorita y la institutriz.

Una noche Renée desnudaba a Tilita, que en su lindo dormitorio, todo él tapizado de blanco, estaba al pie de su camita baja de madera, envuelta en la nube tenue y sutil de las muselinas.

Renée la iba despojando de sus finas e inmaculadas prendas interiores poco a poco con la lentitud perezosa de sus dedos finos y afilados, cual queriendo prolongar la deliciosa, la exquisita sensación.

De pronto el cuerpo de Tilita surgió completamente desnudo de entre las batistas y los encajes, blanco y lilial, manchado de tres sombras obscuras.

Renée, con las manos temblorosas, se disponía a ponerla el camisón de noche, cuando Tilita la atrajo a sí repentinamente, estrechándola contra sus pechos virginales, levantados y duros, con un cerco rosado alrededor de los pezones.

Fué aquel un minuto de loca embriaguez, que la encendió vivamente el rostro y la llenó el cerebro con las llamas de un incendio abrasador, mientras que, echando la cabeza hacia atrás, reíase con una risa estridente y nerviosa.

—Dime, Renée — la preguntó después Tilita con una voz tan lánguida, tan ardiente, tan



Renee la iba despojando de sus finas e inmaculadas prendas interiores...

voluptuosa que a Renée la pareció sentir un botonazo de fuego en las entrañas—, ¿sabes lo qué es el amor?

—¿Que qué es el amor, Tilita?

La voz de Renée temblaba con una ronquera repentina.

—El amor, Tilita, es quererse como las dos nos queremos.

—¿ Tú me quieres a mí, Renée?

El fuego ardiente de sus miradas se cruza. Renée dice, irguiendo la hermosa y juvenil cabeza :

—¡ Sí ! ¡ Mucho ! Como debe quererse.

—¿ Y cómo debe quererse?

—¡ Así !—dice Renée.

Y atrayendo hacia sí la cabeza de Tilita, sus dos bocas se encuentran en un beso ardiente, largo, voluptuoso.

Tilita sintió primero en los labios una frescura algo tibia, luego como una llama de fuego que la penetraba, que la invadía la boca, que la hacía desfallecer de una sensación deliciosa...

Y aquel beso equívoco se prolonga audazmente. Se posa primero en los párpados semientornados, en las sienes, baja después a los labios, donde se detiene, destilando su quemadura, agravando su caricia insidiosa y enervadora.

Renée pone en él todo su arte sutil, toda la fuerza de una tierna dulzura, conquistando sin querer aquella frágil alma, ignorante del placer prohibido.

Tilita yace convulsionada y vencida en aquellos brazos que la estrechan, que la ciñen fuertemente, que la envuelven... ¿ Resistir? ¿ Y para qué? Aquel abrazo la proporciona la placentera suavidad de unas caricias nuevas que la conmueven, que la aniquilan voluptuosamente, que hacen estremecerse de placer sus piernas trémulas, entrelazadas con las bellas, las esculturales piernas de Renée...

Y todo esto sin una palabra, sin un suspiro,

sin un gemido, si no es en el instante del agotamiento, que la deja casi extenuada y en el cual murmuran quedamente sus labios exangües :

—¿ Es este el amor, Renée?

XIII

TILITA SABE...

De aquel beso de Renée, Tilita conserva un exquisito y duradero recuerdo. Vive en ella con una sorda y latente voluptuosidad y aun siente en los labios los dejos de su sabrosa miel. ¿Pero era aquello el amor?

Tilita ya no es tan ignorante; al menos ella cree saber algo. Todo un mundo insospechado ha surgido en su cerebro, calmando la inquietud psíquica de sus noches de insomnio.

Pero no ha sido más que una breve tregua, un pequeño reposo en la angustiosa crisis que sufre.

El calor de aquellos últimos días primaverales, precursor de los tórridos días del estío, ha sido abrumador.

Alberto Medina, acostado en su cama en una de esas cálidas tardes que amodorran el organismo, con la mirada clavada en el lecho, disfruta de algunos minutos de somnolente y perezosa meditación. Piensa, mientras apura cigarrillo tras cigarrillo, en el goce ardiente y cruel que halla en brazos de la marquesa, y aun le parece sentir en las palmas de las manos la tibieza de los redondos y marmóreos senos de su aristocrática querida y en sus labios el aroma delicioso de sus besos.

Alberto se levanta por fin y abandona su

cuarto. Al bajar la escalera se tropieza con Tiliita, que subía a buscarle.

—¿Qué desea usted, señorita?—la pregunta.

—Baje usted; tenemos que hablar—dice la niña.

Alberto y Tilita entran en un gabinetito cercano al jardín. ¡Qué transparente está el cielo! Pero más transparentes están aún los ojos de la virgencita. Medina se la queda mirando con fijeza, como queriendo leer en ellos.

Tilita, a la luz muriente de la tarde, tiene un matiz de tez encantador, sonrosado, sobre el cual resaltan los labios algo descoloridos. Sus ojos brillan maliciosos y burlones a la sombra de sus bellas y magníficas pestañas. Del leve escote de su claro y ligero traje de estío, emerge el cuello blanco y puro, sobre el cual se eleva su cabeza fina y delicada, con bucles a la inglesa. Los pliegues de su blusa de seda blanca se hinchan en torno de su busto femenil, que realza un ancho cinturón de cuero amarillo.

—Pues bien, Alberto—dijo Tilita con acento irónico, tras una breve pausa—. Ya sé a qué atenerme ahora.

—¿Qué es lo que sabe usted, señorita?

—Lo que no quiso usted decirme hace unas cuantas semanas.

Alberto no se acuerda de nada a que pueda referirse Tilita.

—¿Quiere usted indicarme lo que era?

—Ya lo sabe usted... el amor.

—¿Yo la he hablado a usted de eso?

—No.

—¿Pues, entonces...?

—Usted no quiso decirme lo qué era el amor, Alberto.

—Es verdad. Ahora me acuerdo.

—Pues bien, ya sé lo que es.

—¿Qué dice usted?—balbuceó Alberto.

XIV

ALBERTO SE TURBA

El joven está desconcertado. ¡Dios mío, las chiquillas a esa edad son terribles! El no comprende cómo se puede hablar de amor teniendo catorce años. Y al mismo tiempo siente una honda piedad hacia ella.

—¿De veras sabe usted lo que es el amor? Pues siento no poder felicitarla.

Tilita, ofendida, se muerde los labios.

—¡Ni me hace falta! Pero ya lo sé.

—Yo quisiera que me dijese usted qué es lo que sabe, señorita.

—¡Pues no he de decírselo!

—¿Se ha enfadado usted? Dígamelo.

—No quiero.

—Pues haré que se lo pregunte su hermana.

Al oir esto, Tilita se pone de pie, furiosa de indignación.

—¡No le diga usted nada a mi hermana!

—¿Por qué se encoleriza usted de ese modo, señorita?

Tilita se calma de repente y quiere esbozar una sonrisa.

—No estoy enfadada, Alberto.

—¿Qué le pasa a usted entonces?

Tilita baja los ojos al suelo, buscando una combinación. Alberto la levanta la barbilla y

los ojos de la niña se fijan audazmente en los del joven.

—¡Es usted muy testaruda, señorita! ¡Tiene usted muy mal carácter!

Tilita está pronta a romper en sollozos, pero



—¿De veras sabe usted lo que es el amor?

apretando los puños se resiste a ceder, y sobre todo en su presencia. Sólo murmura:

—¡Oh, Alberto! ¿por qué me dice usted eso?

Medina en aquel instante siente la curiosidad de penetrar adentro del alma de aquella singular chiquilla que le interesa y le sorprende a cada paso y la dice, sentándola en sus rodillas, como para consolarla:

—¿Tienes alguna pena, Tilita?

—No... no tengo ninguna.

Tilita le echa un brazo al cuello y se aprieta contra él con toda su fuerza juvenil. Alberto siente que le invade, que le penetra la tibieza de aquel cuerpecito y en los ojos que se posan en los suyos ardientes y fulgurantes cree ver otros ojos, los de la marquesa en sus horas de lujuria y abandono.

De pronto Alberto se sobresalta y se pone en guardia. ¿Aquella chiquilla imprudente y voluntariosa va a ser causa de que pierda el juicio?

Ella le mira en tanto con el ardor febril de sus grandes ojos negros, abrasándole con la llama del deseo que la quema la piel. Algo se prepara a estallar en ella que la tortura, la oprime el corazón y la hace desfallecer; una gran alegría con mezcla de una infinita tristeza... Siente en las manos un ardor intolerable y en las sienes un círculo de plomo que se estrecha y se estrecha... Entonces, dando un salto brutal que la coloca a la altura de la boca de Alberto, se la besa y se la muerde con un frenesí que dura un siglo... un instante... Y después se derriba inerte y vencida en sus brazos.

Alberto se desprende de ellos con una vivacidad mezclada de sorpresa. ¿Qué es lo que pasa?... Primero se acusa a sí mismo, pero luego, reflexionando con la rapidez del relámpago, recuerda que el gesto audaz ha partido de Tilita... Esta, algo temblorosa, se apoya en la

mesa... Afuera, el cielo parece devorado por un incendio... Maquinalmente, Alberto se arregla la corbata, se abrocha la americana, la desabrocha, se la vuelve a abrochar... Durante unos segundos permanece inmóvil, como estúpido... Por fin se atreve a decir, tímidamente:

—¿Quién la ha enseñado a usted eso, señorita?

Tilita levanta hacia él sus grandes ojos negros en que se ve el candor sorprendido.

—Renée... ha sido Renée... ¿Se ha enfadado usted?

Alberto se turba, balbucea unas cuantas palabras, y como si él fuese el culpable, sale huyendo de allí.

XV

RECUERDOS

Una semana después, la marquesa, acompañada de su hermana Tilita y de su administrador Alberto Medina, salía para San Sebastián. Renée no iba con ellos.

Para la pobre Tilita, que sentía mucho la separación de su querida Renée, el viaje a San Sebastián apenas logró distraerla de su dolor.

¿Qué la importaban a ella los verdes paisajes que desfilaban a lo largo del *sleeping-car*, en donde se apelotonaba en un rincón, como un pajarillo arrancado al nido materno? ¿Qué la importaban el ruido y el movimiento de todas aquellas estaciones que el tren salvaba con el estrépito del trueno en su loca y vertiginosa carrera? ¿Qué todos aquellos variados espectáculos de la campiña desplegada en un panorama cinematográfico? ¿Qué la importaba todo aquello, si Renée no iba a su lado?

Feroz y obstinadamente, encerrábase en su silencio, en la rebelión de su mutismo. ¿Acaso su hermana podría consolarla? ¿No ha sido ella la que quiso que Renée se quedara en Madrid, al cuidado de la casa? Durante algún tiempo veráse privada de los tiernos consuelos, de las sabrosas caricias que eran el encanto más grande de su vida. ¿Quién la consolará ahora?

Además, no quiere tampoco que nadie reme-

die su pena. Hasta ama sus lágrimas por derramarlas a causa de Renée.

No obstante, Tilita siente el deseo de arrojarse al cuello de su hermana, de reclinar sobre su hombro su cabecita fatigada y dormir, dormir allí un gran espacio de tiempo y olvidar sin decir ni una palabra.

¿Se atreverá? No. Tilita no intentará ese gesto. Teme el fruncimiento severo del entrecejo de su linda hermana, cuyo traje echaría a perder, y luego... y luego...

¡Ah! el corazoncito de Tilita está oprimido de congoja.

Aquella hermana tan mala le ha quitado a Alberto, lo ha convertido en un extraño para ella... Pero ella le reconquistará dulcemente, lentamente, hasta que vuelva a ser por completo suyo... Está en su derecho... No hará más que recobrar un bien que le han robado.

Sus noches son agitadas y febriles. Una de ellas, que le pareció la más larga, la más interminable de toda su vida, la dejó el recuerdo de haberse dormido en su camita blanca y virginal, estrechando entre sus manos las de Alberto, invadida de un delicioso e indefinido ardor.

De repente se despertó. Estaba sola. Alberto había desaparecido.

La lamparilla crepitaba con un chisporroteo seco y desolado. Las grandes sombras exteriores invadían la habitación. Reinaba un silencio absoluto.

Sintiendo cómo le latían las sienes violentamente, Tilita se despertó, con los bellos ojos

clavados en las tinieblas. ¡Sentíase completamente sola! La obsesión de todo lo desconocido y hostil que hay en la noche invadía su alma. Sentía borbotear en ella el manantial de las lágrimas. ¿Qué pena iba a llorar la virgencita? La soledad vertía en su espíritu su latente melancolía. Estaba sola, enteramente sola en medio de las tinieblas de la noche, como perdida y abandonada en el naufragio humano. Y el insomnio resucitaba para Tilita los melancólicos recuerdos de sus dichas pasadas.

XVI

NOSTALGIA

Era Renée la que la hablaba ahora con su voz dulce, tierna y acariciadora, resonando en su espíritu quedamente.

—Tilita, ¿por qué estás tan sola... por qué estás tan triste?

Y Tilita balbuceaba:

—No lo sé... no lo sé, Renée.

—Te han dejado sola, Tilita — continuaba diciendo la voz lejana y dulce del dolorido recuerdo—, te han dejado sola en medio de las tinieblas de la noche, porque no te quieren como yo te quería... ¿Te acuerdas? ¡Qué noches tan bellas las nuestras! Yo te cogía entre mis brazos y te dormías contra mi pecho... Yo te quería... Yo te mecía como a una niñita abandonada... te consolaba, haciendo que en medio de las lágrimas luciera tu encantadora sonrisa... ¡Tilita, Tilita, que lloras y sufres sola y abandonada en medio de las tinieblas de la noche traidora y hostil; Tilita, ¡cuánto te quería yo!

Tilita extiende los brazos hacia adelante y palpa en la sombra. No hay nadie en su habitación. La voz que la habla y que tanto quiso, la habla desde el profundo fondo de lo pasado.

—Tilita, ¿por qué estás sola en medio de las tinieblas de la noche?

Es verdad; Tilita está muy sola. Alberto apenas la hace caso, y su hermana menos, quizás. Cada vez más, con una lenta y profunda tenacidad, Tilita va separándose de ella para poner todo su afecto y toda su esperanza en Medina.

Alberto es para Tilita todo lo desconocido, el actor del misterio que sorprendió tras de la puerta de su hermana. Es el hombre, es el macho que la carne en celo adivina y olfatea. Todo esto lo siente Tilita en su espíritu, confusa pero impacientemente.

El primer instante de la voluptuosidad, Tilita lo ha gustado en aquel beso salvaje que le dió a Medina, encontrando en él un intenso goce que no tenían los besos sabios e insidiosos de Renée... Desde entonces se había enfriado un poco con Renée. Y era natural; todo instinto va hacia lo que le ofrece más placer.

Pero este placer Alberto no se lo había proporcionado.

No obstante, Tilita, vencida y dominada por el instinto de su feminidad, iba olvidando poco a poco a Renée para no pensar más que en Alberto.

De pronto, Tilita, en medio de la obscuridad, tuvo miedo de que la diera un vértigo. Sentía afluir a sus senos juveniles su sangre ardorosa y calenturienta. Parecíala que pedazos de hielo le recorrían a lo largo de la columna vertebral. Toda su vida ardiente y nerviosa la oprimía el corazón.

—¡Renée! ¡Renée! — gritaba en medio de las tinieblas, enloquecida de terror.

Al oir sus gritos, acudió apresuradamente Rosalía, la doncella de la marquesa, a medio vestir.

Rosalía dió la luz eléctrica, preparó una poción calmante e hizo todo lo posible por tranquilizarla.

La niña se fué consolando poco a poco, reclinando en la muelle frescura de las almohadas su cabeza fatigada, entre los obscuros rizos de su desordenada cabellera.

Con los ojos aun bañados de lágrimas, Tilita esperó a que sobreviniera el reposo bienhechor. La mar cercana e invisible dejaba oir su queja lenta y monótona. Por fin Tilita se durmió y estaba ya el sol muy alto en el cielo cuando Tilita abrió los ojos a aquella bella mañana de verano.

La doncella esperaba este momento no muy lejos de la cama de Tilita.

¡Qué diferencia de antes! Rosalía era muy distinta de Renée. Proba y severa en el servicio, no deponía su rudeza sino ante su marido, el mayordomo. Rosalía no podía comprender que se amase a una mujer. Seguramente no le ha pasado nunca semejante aberración por la cabeza. Por eso se limita a cumplir estrictamente sus deberes con su ama. Rosalía no es viciosa.

Tilita se entrega, pues, a sus manos glaciales y sin caricias, resignada y sin asombro. Sabe que aquella muchacha no es como Renée, pero por eso no podrá quererla nunca. No le queda más amigo que Medina.

XVII

EMBOSCADA

A las pocas noches de haber llegado a San Sebastián, la marquesa comió sola en su cuarto, entregada por completo en manos de sus doncellas, que la vestían y peinaban para el gran baile del casino.

Tilita y Medina habían comido solos en el vasto y alegre comedor.

La comida fué silenciosa y triste. Tilita estaba de muy mal humor y todas las tentativas que hizo Alberto para sacarla de su tristeza y de su mutismo fueron infructuosas.

Medina resignóse fácilmente a su derrota. Para él la tristeza de Tilita tenía muy poca importancia, pues considerábala como una cosa superficial y pasajera que las distracciones y los placeres mundanos harían desaparecer y que el olvido se encargaría de disipar como el viento otoñal las hojas secas de los árboles.

Pero Alberto también, como todo buen enamorado, sentíase triste, por cuyo motivo simpatizaba con aquella melancolía infantil, pues no hay nada mejor que el sufrimiento propio para comprender y sentir el ajeno.

Por eso Medina para consolar a Tilita supo hallar frases de un mimo encantador y exqui-

sito, como si se volviese también niño ante aquel dolor infantil.

Poco a poco, Tilita fué aquietándose, serenándose...

El recuerdo de los pasados días resucitaba en su espíritu con una fuerza intensa, avasalladora. ¿Podría reconquistar a Medina? Y un sentimiento invencible y extraño la impulsaba a los brazos de Alberto, creyendo que en ellos se hallaba el único consuelo de sus ansias.

Pero la retenía el gesto de malestar y de desagrado, hecho por Alberto el día en que ella, obedeciendo al obscuro instinto que lanza a la mujer a los brazos del hombre, le diera aquel vehemente y apasionado beso en la boca. Su audacia había disgustado a Alberto.

Tilita buscaba la causa sin poder adivinarla.

Pero aquella noche Medina volvió a adquirir sobre ella un ascendiente que había perdido desde el momento fatal del beso.

Tilita le echó los brazos al cuello y en la terraza de la villa, frente al mar soberano y majestuoso, los dos permanecieron inmóviles, sin decir una palabra.

Las estrellas erraban por el sombrío azul del cielo.

La queja infinita de la solas subía hasta ellos en medio de la paz nocturna y era como si desde el fondo del horizonte marino, la misma mar se lamentase melancólicamente.

El viento llevaba hasta ellos, con el olor amargo y acre de las algas, las notas alegres y voluptuosas de la orquesta del casino. Era un vals lánguido y apasionado. Y todo ello unido

era inefablemente triste y embriagador a la vez.

—Tilita—dijo de repente Medina—, me parece que ya es hora de que se acueste usted... Acaban de dar las once.

—Todavía no, todavía no.

—Va a volver su hermana y se enfadará.

—Déjeme usted estar un poquito más, Alberto. Se está bien a su lado, a obscuras... y oyendo el mar cómo llora...

Medina sentía en su brazo el calor de la juvenil cabeza de Tilita, que tenía apoyada en él. Y permaneció así, sin un gesto, sin un movimiento, temeroso de turbar aquel instante tan dulce... Transcurrió una hora más.

—Tilita—dijo otra vez Medina—. Va a conseguir usted que la regañen.

Alberto adivinó en la sombra la mueca desdeñosa de Tilita.

—¿De modo que he de irme a acostar?

—Sí, Tilita.

—Alberto... tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Y de qué, Tilita?

—No lo sé... Como que no está aquí Renée...

—Quiere usted que la acompañe un rato, ¿no es eso?

—Sí, Alberto... Si fuese usted tan bueno...

—Mi gusto es complacerla en todo, señorita.

—¿Vámonos?

—Vámonos.

Y ambos abandonaron en el acto la terraza.

XVIII

¡POR FIN!

Medina entró en el cuarto de Tilita, cuando Rosalía acababa de acostarla, y se sentó al lado



... y se sentó al lado de su cama...

de su cama, en un rincón de penumbra adonde no llegaba la luz de la lamparilla.

Tilita le tomó la mano y él estrechó entre las suyas los finos y afilados dedos aristocráticos que ella le abandonaba.

Contemplando aquella bella y graciosa cabecita sobre la almohada, entre sus rizos desparramados, pensaba en el misterioso destino reservado a aquella pobre niña, que le miraba con ojos cargados de voluptuosidad y de deseo.

De pronto, Tilita, atrayéndolo violentamente hacia sí y echándole al cuello los brazos, que parecían dos círculos de hierro, hizo que se derribara sobre ella.

Alberto enloqueció al sentir contra el suyo aquel seductor cuerpo de virgen, y sucedió lo irremediable.

... ...

Pocos segundos después, una sonrisa de intensa felicidad iluminaba el semblante de Tiliita... ¡¡Aquello sí que era el amor!!

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial
V.—Los predestinados
VI.—Un marido complaciente
VII.—Una juerga movidita

TERCERA SERIE

I.—El recomendado
II.—De buena boca
III.—Luna de miel
IV.—De institutriz a cortesana
V.—Inconvenientes del amor
VI.—Mi vecinita y yo
VII.—Posadas y posaderas

EN PRENSA

JUEGOS PELIGROSOS

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona